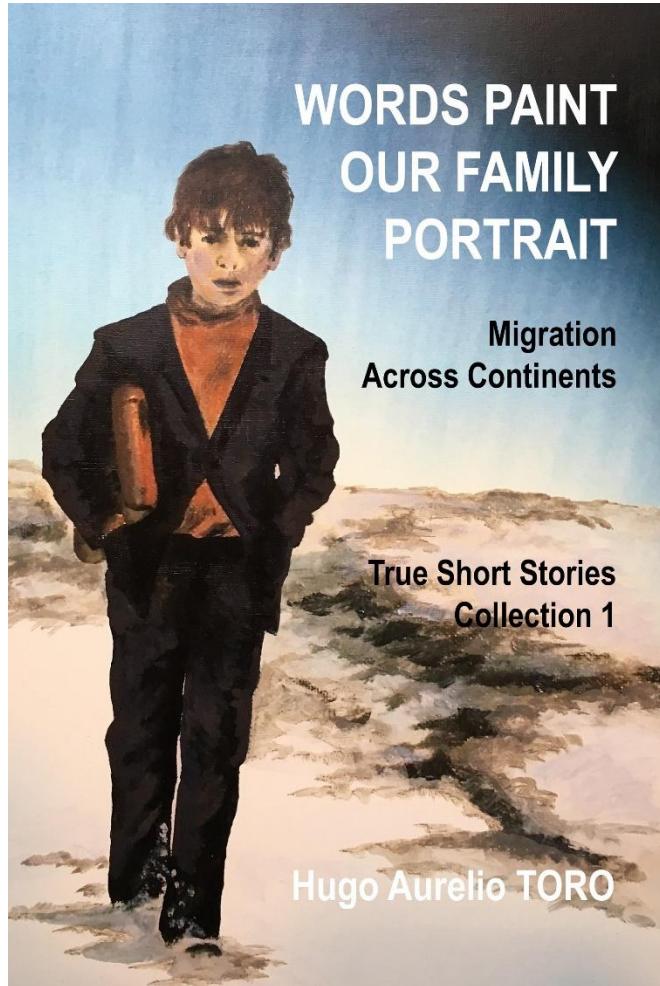


Un relato corto de esta colección.



Derechos de autor © Hugo Aurelio Toro 2024

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida o transmitida por ningún medio, ya sea electrónico, fotocopiado o de otro tipo, sin permiso previo por escrito del autor.

Portada de Hugo Aurelio Toro, basada en una imagen de calendario de Marko Gajardo de 1983.

Las fotos familiares son propiedad de Hugo Aurelio Toro.

La colección completa se encuentra utilizando:

ISBN 978-1-7635105-3-1 Libro electrónico

ISBN 978-1-7635105-6-2 tapa blanda

1.5) El Acoso Despierta al Centurión

Un relato corto de Hugo Aurelio Toro

Con once años, está adoptando una estrategia de supervivencia compleja: primero entender al acosador y su motivación; luego señalar el comportamiento como incorrecto; y por último, no mostrar miedo al hacerlo. No es un niño agresivo ni sumiso.

Para los hermanos jóvenes, los días de primaria en Sídney en 1971 son maravillosos y desafiantes a la vez. Son nuevos migrantes a Australia y, en las calles de Sídney, se enfrentan primero al acoso racial.

Mientras caminaban a casa después del colegio una tarde, un grupo de chicos australianos les sigue. Los hermanos aceleran el paso por las tranquilas calles suburbanas, pero los chicos pronto les alcanzan.

Con los puños apretados, el joven Hugo se coloca entre su hermano y la amenaza. Sabe que han venido a atormentar a David.

'Déjanos golpear a tu hermano y podrás quedar libre', se dirige el líder a Hugo con tono casual. En ese momento, se llena de asco ante la propuesta.

No era miedo; Simplemente está horrorizado ante la idea de una agresividad idiota. Permanece en silencio, y queda claro por su lenguaje corporal severo que la propuesta es absurda. Fija la mirada en el líder y espera a que él haga el primer movimiento.

Los hermanos vigilan a los demás, asegurándose de que no pasen por detrás, que es la mentalidad de manada. Los matones buscan señales de miedo en los hermanos pero no lo vieron, así que finalmente se marcharon.

David se mantuvo firme, y Hugo está orgulloso de su hermano.

Nueva ciudad, nuevos retos

En 1972, tras los días del albergue para migrantes en Sídney y un año integrándose en la sociedad australiana, sus padres, Hugo y Carmen, a su manera valiente, trasladan a la joven familia a Adelaida. Mi padre consiguió un trabajo en la construcción del nuevo Hospital de Modbury. Con una gran sonrisa en la cara, anuncia que han comprado una casa nueva, en el mismo barrio.

El padre conduce su preciado Ford Falcon azul de 1963 por las Hay Plains a un ritmo tranquilo, con la madre como copiloto y cuatro niños en el asiento trasero. La sequía había sido implacable en los años 60, y la región sigue siendo seca e inhóspita. El padre para el coche al lado de la carretera para que los niños contemplen el poder de la naturaleza. Los esqueletos de animales domésticos descansan sobre el polvo rojo donde murieron por falta de agua y alimento.

Llegan a Mildura y visitan a un amigo de los días del albergue de migrantes que se estableció allí para gestionar una granja frutícola y producir frutos secos. La familia es de Europa Occidental y tiene experiencia en este campo. Pasan la noche en la granja. Los dos padres, con orígenes muy diferentes (aunque comparten una experiencia migratoria), hablan hasta tarde.

A la tarde siguiente, la familia llega a Adelaida sana y salva y descansada. Su casa es una típica vivienda de una sola planta de cuatro dormitorios, en un barrio nuevo. Las tejas rojas frescas del tejado lucen elegantes y el ladrillo es cremoso y brillante; es la casa de ensueño perfecta. Desde el jardín trasero, se puede ver claramente una reserva natural y un arroyo lejanos. Los niños sintieron cómo su curiosidad burbujeaba.

Durmieron la primera noche en mantas en el suelo. Incluso un suelo de madera dura se ablanda cuando es tu propio refugio. A la mañana siguiente, el padre va al pueblo a buscar camas en la tienda de muebles.

Cuando regresan a casa, uno de los vecinos les recibe con una cesta de fruta. Ese gesto amable es bien recibido por la joven familia y al instante se sintieron como en casa.

Adaptándose

En Adelaida, los cuatro niños (Hugo, David, Paulina y Patricia) hacen amigos rápidamente en su calle. Asisten a la escuela primaria local que está cerca de casa. Los padres trabajan a jornada completa. Tienen sus compromisos y están ganando un ingreso con alegría.

Con los padres ocupados con el trabajo, el papel del joven Hugo como hermano mayor es llevar a los niños al colegio y de vuelta con seguridad. La hermana menor, Patricia, tiene cuatro años y está en preescolar. Se sienta en el manillar de la bicicleta de su nuevo dragster rojo y sabe que debe agarrarse fuerte mientras vuelven a toda velocidad por las calles hasta su guardería. Paulina se hace amiga de Susan y Steven de la calle. Asiste a la escuela primaria con sus hermanos.

Su profesora observa que el joven Hugo llega tarde a clase por sus deberes matutinos. En la siguiente reunión de padres y maestros, se les pregunta a sus padres sobre este asunto. Con sus compromisos laborales, no tienen otra opción que darle al hijo mayor las responsabilidades de la escuela.

El tiempo en la escuela primaria Modbury West es muy agradable. Sus habilidades de comunicación están mejorando rápidamente. Cada vez están mejorando en entender a los chicos y chicas del colegio. Hugo también se ha interesado por la biblioteca de autobuses móviles que pasa semanalmente por el colegio. Pide prestados libros ricos en cultura inglesa, en contraste con los cuentos infantiles españoles. Los libros de Alf Proysen sobre la señora Pepperpot son muy divertidos.

Concluye que los idiomas son ventanas a diferentes culturas y amplían la mente. Entonces se propone un reto: mantener y mejorar la comprensión en sus dos idiomas, español e inglés.

Un refugio en el arte

En su duodécimo año, todavía encuentra dificultades en las clases de primaria. El inglés es su segundo idioma, y está aprendiendo tan rápido como puede. Su profesor se interesó y quiso incluirle de alguna manera.

'¿Qué es lo que más disfrutas hacer?' pregunta con un interés genuino en la voz.

'Me gusta dibujar', es su respuesta entusiasta. De hecho, es excepcionalmente bueno dibujando.

Durante la clase, apartó una sección de la pizarra para él y le proporcionó un juego de tizas de colores nuevos. Dibujó un águila para la clase. Luego le convenció para que dirigiera un ejercicio artístico en clase. Sus dibujos de esa clase eran especialmente buenos y se expusieron en la biblioteca del colegio.

Ese acto amable y astuto del maestro del joven Hugo encontró un lugar permanente en su corazón. Era como si hubiera mirado dentro de su alma y puesto en evidencia sus habilidades creativas.

Su comprensión mejora rápidamente, los libros se vuelven más complejos en su selección. Incluso desarrolla un interés por la historia antigua. Piensa en *lo maravilloso que la edad y el tiempo se extiendan mucho más allá de sus doce años*.

La positividad le rodea y Hugo es un niño feliz.

Sin embargo, pronto descubre que los chicos pueden ser crueles e insensibles, y es un comportamiento que rechaza de corazón. Una de sus compañeras no podía esperar al descanso y, tristemente, se hizo pis encima en clase. Esto provoca que los chicos de la clase se rían y la humillaran. Hugo decide ponerse junto a su escritorio para poner fin al acoso. Después de eso, se hacen amigos y ella lo busca en los terrenos del colegio.

Su centurión romano

Sin embargo, los chicos mayores de la siguiente clase han cogido una verdadera antipatía por Hugo. Después del colegio, va en bicicleta en la esquina de la calle y tres chicos se lanzan sobre él. No hay provocación, y se lanzan sobre ellos.

Los golpes resuenan en su cabeza como explosiones lejanas de una salva de 21 cañonazos. Su cerebro no registra dolor, solo el eco del sonido. Es un chico fuerte, así que sus atacantes no iban a derribarlo fácilmente.

Hugo alzó la vista y vio a un niño al alcance, y le golpeó fuerte en la cara, haciendo que el chico retrocediera tambaleándose. Pero tres contra uno no es una pelea justa.

Mientras llegan los golpes, se aferra firmemente a su preciada bicicleta dragster roja por si se la arrebatan. La bicicleta con manillar elevado, tres marchas en el manillar central y neumáticos de banda blanca fue un regalo de cumpleaños de su padre, lo que hizo que su cariño por esta bicicleta aumentara aún más.

En ese momento, su padre gira la esquina en su coche y regresa a casa. Los chicos lo reconocen y se dispersan rápidamente.

El dolor y la confusión están interiorizados por Hugo, y no está preparado para hablar de ello en casa. Su padre quiere saber más. Le perturbaba ver a su hijo ser acosado por abusones. Sin embargo, para un niño migrante que creció en Adelaida en los años 70, esto era lo habitual.

Hugo se dijo a sí mismo que *la próxima vez las cosas serán diferentes*, pero no sabe cómo. Solo sabe que ser sumiso no es su forma de ser. Quizá la historia y las estrategias de batalla tengan la respuesta.

Al final del curso escolar de 1973, la bibliotecaria ya conocía bien a los niños y escribió una preciosa carta a los padres. Hace un comentario elogioso sobre todos los niños, lo que alegra muchísimo a los padres. Hugo atesora esa importante nota luminosa y la guarda con seguridad en una caja de zapatos, entre valiosas cartas y tarjetas de cumpleaños. Las palabras amables son importantes para Hugo.

Los chicos mayores del lugar ahora están decididos a hacerle la vida a Hugo un desastre. Está constantemente alerta ante episodios inesperados de acoso en las calles.

En una tarde soleada, Hugo va en bicicleta junto al arroyo y la reserva natural cerca de su casa. Cinco chicos, más sus novias, bloquean su camino con malicia en mente. Ya había decidido que una paliza como la última vez no iba a volver a ocurrir. Así que, en ese momento, decidió mantenerse firmemente firme. El miedo se disuelve y es reemplazado por una mayor conciencia y calma.

Baja de la bicicleta y la deja suavemente a un lado. Los chicos luego lo sacan de la carretera hacia una zona tranquila de la reserva, lejos de la vista de coches y personas que pasan. Se detienen en un claro entre los árboles y junto al arroyo. Lluvias intensas habían cortado el borde del arroyo, dejando al descubierto caídas verticales con grandes rocas debajo mientras el arroyo se secaba. Hugo examina el arriesgado borde erosionado para evitar una caída desagradable, en pleno combate.

Conoce bien esta zona. Aquí crecen almendros, como parte de un huerto abandonado. Los tristes árboles están descuidados y cubiertos de telarañas. A mediados del verano, los frutos comienzan a secarse en los árboles y la cáscara interior queda parcialmente descubierta, anunciando un interior crujiente. Con la agilidad de un adolescente, Hugo trepa alto por las ramas con una bolsa para recoger las almendras. No se asusta por la abundancia de arañas en su propio hábitat. Son inofensivos y él se adapta a ellos.

Una voz lo devuelve al presente.

'Chico italiano, te van a dar una paliza', dio la noticia el chico principal. Hugo no era italiano, pero puede entender la confusión con su piel latina oliva, aunque no es momento de aclarar este punto.

En ese momento, empezó a visualizar a un guerrero antiguo: sintió la presencia de un centurión romano a su lado. Raro, sí, pero ¿cómo si no puede un chico imaginativo de trece años afrontar esta situación? Con calma en la voz, acepta luchar contra ellos. Sin embargo, será en sus términos.

'Lucharé contigo uno a uno', responde Hugo con confianza. Los chicos, con una expresión de sorpresa, aceptan la petición.

'¿Cuál primero?' pregunta el chico líder, divertido y curioso a la vez. El centurión está entrenando ahora a Hugo y, siguiendo su consejo, señala al chico más grande.

Las risas resuenan entre el grupo. El chico grande es una cabeza más alto y bastante corpulento. Tácticamente, su elección está bien calculada, porque enfrentarse al chico más pequeño significaría que cada pelea se vuelve más difícil.

El chico grande se acerca con los brazos a los lados con naturalidad. Hacia sus amigos, hizo una broma sarcástica y luego, con una ferocidad repentina, se lanzó hacia él. Con reacciones rápidas, Hugo se aparta y el grandullón pasa tambaleándose. El chico vuelve para lanzar golpes a la cabeza de su oponente. Hugo se agacha bajo su puño cada vez.

Frustrado, el grandullón carga de cabeza hacia abajo y enfadado, como un toro que apunta a un torero. Hugo le deja avanzar, se agarra a la parte delantera de la camiseta del oponente y luego se lanza hacia atrás. En un movimiento fluido, patea las piernas hacia arriba, y el grandullón sale volando sobre él, en una voltereta. Se oye un fuerte golpe sordo y el polvo se levanta cuando su oponente cae pesadamente de espaldas sobre tierra dura.

De nuevo de pie, el grandullón lanza una ráfaga de golpes, pero ninguno conecta. Con el pie derecho, Hugo siente el borde suelto de la orilla del arroyo detrás de él, y oye algo caer al agua abajo. Se aleja de la tierra suelta en la orilla del arroyo.

El grandullón baja los brazos un momento, cansado por todo el esfuerzo. Es lo que Hugo esperaba: una debilidad. Aprieta el puño y ataca hacia arriba con fuerza. Sin querer, debido a que es mucho más bajo que su oponente, conecta con la nuez de Adán del chico , que cae al suelo jadeando con la cara rápidamente azul.

El grupo estalla en vítores y felicita al chico migrante por su éxito. Hugo saborea el momento, y le siente bien que los chicos y chicas le den una palmada en la espalda, sin embargo, todavía había un chico de cara azul tirado en el suelo. Preocupado, se apresura a ayudarle a respirar de nuevo. El niño grande acaba aspirando aire y no está amargado ni enfadado en absoluto. Todos abandonan la reserva natural como amigos, la caballerosidad triunfante a su edad.

En casa, el padre deduce que ha ocurrido algo inapropiado. Hugo llega tarde a la cena, cubierto de tierra y sin zapato. Eso fue ese chapoteo, se le cayó el zapato al arroyo. Padre está furioso.

'¿Quiénes son esos chicos? Quiero hablar con los padres', exige. Ya no hay problema con los chicos, pero como cabeza de familia, su padre habla con los padres.

La vida es buena ahora. Hugo es solo un niño migrante que crece en una ciudad dominada por anglosajones. Está en paz con los desafíos y recompensas que eso conlleva. También ha hecho una observación interesante más allá de su edad. Es decir, los niños no acosan por sí mismos; Es un comportamiento aprendido que transmiten sus influencers y padres. No culpa a los niños.

Su centurión le entrenó bien, pero a Hugo le resulta extraño que, creciendo en Adelaida como un niño migrante, canalizara a un centurión romano en tiempos de necesidad. De hecho, el interés por el Imperio Romano (y las estrategias bélicas) se había transformado en un protector subconsciente.

Se pregunta qué otras estrategias usan los niños para gestionar sus momentos en el coliseo.